

APOLÓ

AÑO VI

Número 48

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -

Poetisas Uruguayas



MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

25 MONTEVIDEO 25

25 FERRERO DE 1911 25

Biblioteca Renacimiento

(Obras recomendadas por «APOLÓ»)

A. M. D. G.—La vida en los colegios de jesuitas (novela), POR RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

Con el título que encabeza estas líneas acaba de poner á la venta la Biblioteca Renacimiento una novela, cuyo autor es D. Ramón Pérez de Ayala. Puede asegurarse, sin incurrir en exageración, que es una obra que interesa á todo el mundo. En ella se estudia; primero, la vida íntima de los alumnos dentro de esos grandes establecimientos de enseñanza que con tanta intensidad solicitan la curiosidad de las gentes, sus diarios afanes y emociones la clase de educación que reciben y el género de disciplina á que están sujetos, castigos y premios, solaces y amarguras, cuanto en fin constituye la vida virria y sentimental del niño, y todo esto con imponente riqueza de trances y peripecias, y tal viveza de estilo que se acerca á la realidad misma; segundo, la vida y régimen interior de los jesuitas, describiendo punto por punto curiosidades que hasta ahora no se conocían, cuyo fundamento son experiencias directas y fehacientes, de manera que salen á la luz del arte mil misteriosas particularidades sobre las cuales se ha fantaseado sin medida; tercero, las relaciones de la Compañía de Jesús con el siglo, y medios de táctica que esta discutida orden ha puesto y pone en práctica para afianzar, conservar y extender su influencia. De lo que anteriormente se dice puede deducirse que es una obra completa en su plan, la primera que dentro de lo noveloso y á propósito para el solaz, se ha producido en España y fuera de España, muy superior en cuánto á la documentación y seriedad al célebre Sebastián Roch de Mirbeau. Interés, emoción humorismo; tales son las cualidades artísticas que resplandecen en A. M. D. G. Añádase la improprialidad en que Pérez de Ayala se ha inspirado, á igual distancia del sectarismo irreligioso que del fanatismo clerical, de suerte que no creemos equivocarnos previendo que servirá de terreno neutral de combate á donde uno y otro vengan á medir sus armas. Los que amen las buenas letras hallarán en A. M. D. G. un motivo de estético deleite. Quienes se preocupan del problema español, particularmente en su aspecto educativo, y todos los padres de familia, tienen el deber indeclinable de consultar y repensar el contenido de esta obra.

El amor de los amores (novela), POR RICARDO LEÓN.

Así se titula el nuevo libro de Ricardo León, castiza novela que, por su interés, su fuerza y amenidad, supera á las anteriores del celebrado autor de CASTA DE HIDALGOS. Un crítico ilustre hace en pocas palabras la apología de EL AMOR DE LOS AMORES. «Este libro,—dice—es sencillamente magnífico. Tiene la fe española, brillante encendida y elevada como un astro en sus entrañas; la visión realista, saturada de mentalidad de nuestra raza; la magnanimitad, caballeresca y emprendedora, de la vieja patria imperecedera, y el habla majestuosa, rica, entonada, soberanamente bella, de aquellos místicos, maestros de la lengua castellana.»

Es, en efecto, EL AMOR DE LOS AMORES la obra más vigorosa y perfecta de Ricardo León, la que señala el apogeo y madurez de sus maravillosas facultades de novelista y de poeta. Páginas hay en este libro, como el himno á Castilla, el canto de la Primavera, los episodios trágicos y las aventuras del protagonista en el campo de Calatrava y Sierra Morena que pasará á las Antologías como dechados de emoción y de estilo.

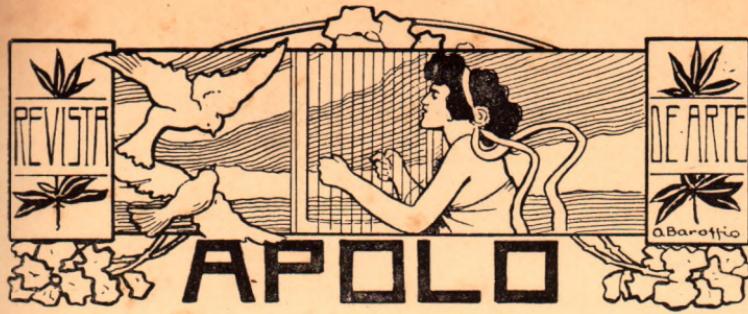
La Farándula (novela), POR JOAQUÍN BELDA.

La vena cómica del primero de nuestros humoristas llega en esta obra á la cúspide de su desarrollo. Joaquín Belda, basándose en la historia de los amores de una conocidísima primera actriz, nos describe con gracia inimitable todo el mundo de entre bastidores que el autor de ¿QUIÉN DISPARÓ? conoce á maravilla por haber pertenecido durante dos años á la compañía de uno de nuestros primeros teatros de género grande.

Hay en LA FARÁNDULA escenas escabrosas que al ser pintadas con exacto realismo, tienen un tono verde subido que asustará á los timoratos; pero la intercalación de esas escenas en las páginas de LA FARÁNDULA no puede estar más justificada, pues la vida de telón adentro no es un modelo de purezas.

Con estas dos notas—gracia y pi-
cardía—consigue Joaquín Belda cau-
tivar la atención del lector desde las
primeras páginas del libro, logrando
así el doble éxito de la amenidad y
del interés mantenido á través de las
325 páginas de que se compone la
obra.

La portada es un precioso bicolor



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI

Montevideo, Febrero de 1911

N.º 48

El solitario *67.580*

Para APOLÓ.

Es de tarde. Estoy solo en mi aposento,
y estoy enfermo; por fortuna el día
prolongó su crepúsculo . . . Me siento
bueno y tocado de melancolía.

Mujer, si me miraras un momento,
cómo apartaras de mi frente fría
la cabellera, y cuánto el sentimiento
de tu alma, gemela de la mía!

Por qué quise partir, cuando marchamos
á no sé dónde con no sé cuál rumbo,
como nulos de ajuar siervos sin amos?

. . . Hoy, desolado, evoeo tu cariño,
y sobre el lecho entre suspiros tumbo
la frente, sollozando como un niño . . .

Ismael URDANETA.

De Ismael Urdaneta

Para APOLO.

Como una alondra...

Yo lo sé bien: tú lloras, lloras mucho porque de tu regazo prisionero no fué mi primer lauro, ni el postrero será tampoco: aquél por el que luchó.

Y en tanto escucho tu llorar!... Prefiero oír que me zahieres con el ducho zaherir de tu charla... más no escucho sino tu llanto triste y lisonjero.

Y tu dolor marchítase en quimeras, como una alondra que en el propio nido mira en vano pasar las primaveras. .

Dolor que rindes al amor perdido, como si con tus lágrimas quisieras borrar mi nombre y atraer tu olvido.

Trazo al carbón

El oro viejo de la tarde muerta yace como un sudario sobre el río, y del jardín nocturno en la entreabierta flor morena el lucero es un rocío.

Irroga afrontas al azul vacío un zapilote que, mirada alerta, en giros torvos, infalible y frío, calcula un vuelo y la carroña acierta.

Intermitente, resonante y ronco rugido tiembla en la quietud salvaje; impone el eco entre la fronda oscura...

Salud! oh, garza quieta sobre un tronco, que suavizas lo enorme del paisaje con tu divina y clásica blancura!

Como en la tapia del jardín...

Nada como este impulso de quererte, sin la inquietud ambigua de olvidarte, con un amor más fuerte que la muerte, lírico y puro como el propio Arte.

Con un amor esclavo de tu suerte... es un amor en que no toma parte ni el mal ni el bien... capaz de entristecerse y acaso mueho más de enamorarte.

Es un amor de aquellos que soñamos celmos de miel y górrulos de mimos; es de aquellos en fin que, si alcanzamos, se ostentan junto al lado en que vivimos, como en la tapia del jardín los ramos verdes y en flor al lado de los limos.

Edad muerta

Caminante, qué buscas en el huerto? sacude tus sandalias peregrinas y prosigue... el jardín está desierto... ¿no ves el muro solariego en ruinas?

En las almenas de la torre, yerto musgo senil arropan las neblinas, y en el blasón de un abelengo muerto enhebran su nidal las golondrinas.

Caminante, qué buscas en la senda? ya sólo queda mi empolvado escombro como evocando la gentil contienda...

La antigua raza que pobló de asombro la Leyenda, se fué con la Leyenda, con su tizona y su armadura al hombro..

El Arte y el país

La síntesis espiritual de un país es su arte. Pudiera decirse que el espíritu territorial es la médula, la religión el cerebro, el espíritu guerrero el corazón, el espíritu jurídico la musculatura y el espíritu artístico como una red nerviosa que todo lo enlaza y lo une y lo mueve. Suele pensarse que la religión es superior al arte y que el arte es superior á la ciencia, considerando sólo la elevación del objeto hacia el cual tienden; pero vistos desde el punto en que yo me coloco, como fuerzas constituyentes del alma de un país, la superioridad depende del carácter de cada país. En el fondo, ciencia, arte y religión son una misma cosa: la ciencia interpreta la realidad mediante fórmulas, el arte mediante imágenes y la reli-

gión mediante símbolos, y rara es la obra humana en que se encuentra una interpretación pura. La ciencia se vale de hipótesis que no son otra cosa que imágenes utilizadas para cubrir los huecos que no se pueden llenar con fórmulas, el arte propende al simbolismo y en algunos casos se transforma en religión, y la religión se sirve por la necesidad del arte y de la ciencia para humanizar sus simbolismos. La diferencia real está en el sujeto: según la aptitud predominante en cada individuo, el mundo se muestra en una u otra forma, y todos ellos, bajo distintos aspectos y con diversa energía, producen el mismo resultado útil: la dignificación del hombre.

ANGEL GANIVET.

Exhortación

Para APOLO.

¡Oh tú flor de miseria, flor de abrojos!
frágil como una pálida azucena,
te adoran mis románticos antojos
porque eres pensativa y eres buena.

No fué contigo pródiga la suerte,
ni te vistió de sedas la fortuna,
por eso vas tan triste hacia la muerte
con la melancolía de la luna.

Sigue la huella de mi paso incierto,
aún en la lumbre impura de tus ojos
las castidades del amor no han muerto;

Vuelve á soñar tus viejas ilusiones,
que olvidando tu vida y mis enojos
te exornarán de rosas mis canciones...

Juan SERRANO.

Caracas, 1910.

La ilusión

¿No eres, acaso,
Un imán para cada adolescente
Y para cada pesimista un antro?

¡Oh, ilusión! Yo bendigo tus sonrisas
Y tus mirajes llenos de milagros,
Porque la luz que irradias ha absorbido
Siempre, siempre, las gotas de mi llanto,
Y tu fragancia perdurable anega
Mi espíritu y mi numen.

Yo he cantado
Por ti las gracias de mi amada y luego
Querida compañera de mis años;
Por ti, mi juventud es una esfinge
Para el César, su corte y sus lacayos,
Y una fusta mi verbo que castiga
El gesto infame de los cortesanos.

¡Oh, ilusión! En tus líricos jardines
Mi adolescencia, como por ensalmo,
Cerró la herida que el dolor le hiciera
Y amortiguó la angustia de sus cánticos.

Nunca en mi predio,
Del pesimismo el pájaro
Lance sus trenos ni florezca, impura,
La idea del misógino germano. ⁽¹⁾

¿No eres, acaso,
Un imán para cada adolescente
Y para cada pesimista un antro?

PÉREZ y CURIS.

(1) Schopenhauer.

Oscar Wilde

Viene á mí, á veces, en los días pálidos, el recuerdo taciturno de Oscar Wilde...

No es, de ninguna manera, el Brummel extravagante de hermosura femenina, vestido de raso y terciopelo, que deslumbró á los yankees y perturbó el cerebro de muchas damas de la nobleza londinense; no es el autor del *Retrato de Dorian Gray*, célebre, amado y feliz, en plena gloria y en plena juventud, el que surge en mi memoria en los días pálidos... sino la imagen del inglés atormentado que escribió con sangre y con lágrimas la maravillosa *Balada de la cárcel de Reading* página dantesca que pone un escalofrío en el espíritu.

Balada del Tormento, angélica y macabra, plena de amor y de horror. Harmonioso canto de agonía, en que danzan la pena y el pecado, tan dulce y tan negro, tan melancólico y tan espeluznante. Es como una gélida boca de sombra diciendo palabras crueles y misteriosas... Como una letanía monótona y satánica, como un cráter de hiel que se derrama... Tal es esa balada tristísima.

Cuando Oscar Wilde escribió esas líneas inmortales pesaba implacablemente sobre su vida una montaña de amargura y de infamia. Ni los perros hidrófobos, ni las llagas de los mendigos, ni la podredumbre de los bubónicos, ni la miseria más nauseabunda de la más negra carroña, causaban más horror y asco que la memoria del gran poeta arrojado en la más paviosa de las cárceles.

Pesaba sobre él una gigantesca piedra de escándalo, una formida-

ble lápida de frío desprecio, más dura que los mármoles sepulcrales. Las mayores abominaciones cayeron sobre su fama, quemantes dictíos rodearon su nombre en un círculo diabólico, epítetos amargos de convencional significado, horrendos vocablos de rencor pertinaz llenaron las columnas de los periódicos. Todos se obstinaron en herir brutalmente; todos se ensañaron sobre el mísero, sin que una luz de misericordia descendiera á su infierno. Su pecado, su extraño y abominable pecado, creció, creció día por día, como esas plantas malsanas que brotan de las obscuras humedades excrementiales y cuyas hojas, gruesas y blandas, tienen una fría palidez cadavérica...

Máximas hipérboles surgieron del crimen inicial, forjadas por la rencorosa fantasía sajona, que tan duramente hirió á Byron y laceró á Bonaparte. Historias tétricas, fábulas de pesadilla, tomaron cuerpo en las redacciones de las revistas para hundir en un pozo de cieno al miserable. Con rabia, con crueldad morbosa, persiguiósele hora tras hora... y luego cayó sobre su vida un silencio tan profundo, que comparado con él, el de los muertos era ligero. Trabajó con sus finas manos ducales, acostumbradas á las presiones aristocráticas y á los perfumes y á todas las suavidades, y, también, desgraciadamente, á los experimentos sexuales más odiosos y extravagantes; con sus manos de palideces inverosímiles, cuajadas de piedras exóticas, trabajó en rudas tareas groseras durante muchas estaciones. Los compañeros

dé cárcel veíanle pasar con su grueso traje de presidiario, marcado con un número, anónimo en el dolor, con la cabeza caída sobre el pecho y el paso claudicante. Años de hambre y de frío, y aun de sed; años de cruento sacrificio para aquella singular naturaleza de selección pasaron con sus días lóbregos y dolorosos y con sus insomnes noches interminables.

Dura y terrible expiación sufrió, como muy pocos la han conocido sobre la tierra. Su cuerpo fué castigado cruelmente; y su alma conoció tales tormentos que la sintió correr enloquecida en su propio esqueleto, y hubo horas en que no se daba cuenta de si la tenía ó la había perdido para siempre en alguno de sus temibles abismos. Pena única, cosa de locura ó de quimera esa de no saber si todavía poseemos nuestra propia alma. Ignorar si aún tenemos un pensamiento, si aún es propia nuestra voluntad, si aún podemos guiarlos por nuestro ins-

tinto... caso horrible; pero más horrible es todavía no saber si hemos perdido nuestra alma!

Inconsciente como un sonámbulo, mudo como la efinge egipcia, pasó varios meses convertido en un autómata, en algo que se moría sin el impulso del vigor interno.

Una mañana se abrió la puerta de su prisión, y Oscar Wilde, andrajoso y amarillento, tomó el camino de París.

Allá vejetó miserablamente con un nombre obscuro, Mr. Melmotte. Vejetó en la indiferencia y en el más frío olvido de su fama y de su oprobio. Uno que otro artista le hizo, al pasar, una seña fraternal. Errante y taciturno, vagó en silencio por la gran metrópoli, como una misera sombra que busca la eterna sombra.

Y en ella se sumergió en un día sin luz; y á su triste espíritu perdido en la Muerte van mis palabras de admiración y de piedad.

FROILÁN TURCIOS.

El desnudo de Rubens

El loco había sacado la cabeza por entre los barrotes de la ventana y me llamaba suplicante:

—¡Caballero! ¡Quisiera usted hacerme el favor de oirme unos momentos!... Dos palabras, solo dos palabras. Tengo que revelarle á usted un secreto importantísimo. ¡Oígame usted, por Dios!

Y con acento misterioso, añadió en voz baja:

—Que no se entere nadie, que nadie escuche lo que voy á decir.

¡Me va en ello la vida! Caballero, yo soy un miserable, un vil asesino... ¡Yo he matado á mi mujer!

Y tapándose la cara con ambas manos, como si se sintiera horrorizado de sí mismo:

—¡No merezco perdón de Dios ni de los hombres!

Instintivamente retrocedí unos pasos, asustado.

—¡No se marche usted! Tengo que contarle toda mi historia...

¡Tengo que justificarme! ¡Le digo á usted que tengo que justificarme!

Hizo una pausa y después añadió:

—Pues verá usted. Yo estaba muy enamorado de mi mujer. ¿Cómo no sentir el amor ante tal maravilla de la naturaleza? Yo soy pintor y he tratado muchas veces de copiar su hermosísima figura. Pero siempre el modelo resultaba superior al cuadro. No puedo tampoco describírsela con palabras, porque no las hay que den idea de lo que era aquel prodigo de encantos y de gracias. Era la mujer. Era la belleza.

Y nos casamos (¡qué dicha!) y nos casamos. Fuimos á pasar la luna de miel á una de mis posesiones, situada en un pueblecillo inmediato á Toledo. Yo pude asegurarle á usted que la felicidad no es una mentira. Yo he sido feliz; ¡cómo no lo ha sido nadie en el mundo! por espacio de dos meses seguidos, día por día. El hombre que ha poseído a la mujer de sus amores no tiene derecho á negar la felicidad.

Pero vino el invierno y con él el invierno el frío; decidimos abandonar el campo é ir á pasear nuestro idilio por la hermosa Italia, por el divino país del arte. ¡Nosotros creímos que allí íbamos á ser dichosos todavía! Y allí, en la poética Florencia, ocurrió nuestra desgracia.

Visitamos el museo de Deli Office.

Ya le he dicho á usted que yo soy pintor y, según la gente, pintor muy notable. Mi mujer sentía el arte tanto como yo; nos pasábamos las horas y las horas en la contemplación de los admirables lienzos de que está lleno aquel museo.

Pues bien, una tarde entramos en una de las salas destinadas á Rubens. Imagínese usted mi sorpresa y mi espanto é indignación. Uno de aquellos lienzos representaba á una mujer—¡oh, no tengo duda alguna de ello! era una copia exacta de la mía!

Sí, aquella era su cara y aquel su cuerpo. Era ella ¡toda entera! Sus ojos, su pelo, su boca, su nariz, su cuello, su seno, su vientre, sus piernas, sus piezecillos que yo había besado tanto.

Comprenderá usted que tenía motivos para volverme loco. ¡Rubens había visto á mi mujer desnuda; otros ojos que no eran los míos habían gozado de la contemplación de aquel cuerpo maravilloso! ¿Pero era esto posible? Mi cerebro no funcionaba bien, y dejé de pensar. Después no sé lo que hice. Saqué el revólver y disparé primero sobre mi Aurora y luego sobre el cuadro revelador de mi deshonra. Unos hombres me detuvieron y me llevaron á no sé dónde, y luego me trajeron aquí

¡Por eso le decía á usted que soy un miserable asesino, que he matado á mi mujer! ¡Pero que no se entere nadie que estoy deshonrado!

Y luego, después de unos momentos de reflexión:

—Pero Rubens nació hace mucho tiempo, y no pudo conocer á mi Aurora. ¿Cuántos años hace que nació Rubens? ¡Doscientos, trescientos, cuatrocientos años! ¡No!... ¡No pudo conocerla! Pero la ADIVINÓ y he hecho bien en matarla. ¡La adivinó!

Y el pobre loco corrió á refugiarse en el interior de su celda, llorando desesperadamente.

MIGUEL SAWA.

La visita de un poeta

En los comienzos de Enero estuvo entre nosotros de paso para Buenos Aires, el laureado y utilísimo poeta venezolano Ismael Urdaneta. No era éste un desconocido para Apolo como tampoco Pérez y Curis era un nombre nuevo para él. Allá, en Caracas, Maracaibo, Coro, Mérida, Ciudad Bolívar y otras ciudades de Venezuela, conocen nuestra revista como un alto exponente de la intelectualidad uruguaya é hispanoamericana; de manera que Urdaneta no podía abandonar estas playas sin antes visitarnos. Y nos visitó, feli-

citándonos por nuestra ruda labor y perseverancia en el campo de las letras.

Colaborador de *El Cojo Ilustrado*, *Atenas* y otras importantes revistas de Caracas y Maracaibo, es Ismael Urdaneta uno de los portalirios más emotivos y originales de la brillante y joven generación venezolana.

Al marcharse nos obsequió con los hermosos sonetos que insertamos en el presente número.

Que el ambiente de la capital vecina sea propicio á los ensueños del poeta.



EDMUNDO VELÁZQUEZ

Romance

Para APOLÓ.

I

Diga el apuesto lancero
que de la guerra no viene:
¿si á conquistar fué su acero
para la Dama que tiene
prebendas, el caballero?

En el alcázar soñando
ha tiempo que está esperando
la vuelta de su lancero...
¡Si habrá vencido su bando!...
¡Si herido estará el guerrero!...

Herido está el corazón
de la doncella que espera
en el enhiesto torreón...
¡Si fuera cierto!... ¡Si fuera!...
¡Qué tristes sus días son!

II

Sepa el lancero garrido
que á veces no se le alcanza
al corazón, la esperanza
de ver curado al herido,
si tiene herida de lanza.

Y plazas, en vuestro fvero,
para el yantar de sus penas
puede asentar un trovero,
que hilvane con azucenas,
la ausencia del caballero.

Si en la gresca, vencedor,
habéis ganado, lancero,
una prebenda de honor,
retornad, que vuestro acero,
puede encontrar un traidor

III

¿No entiendes — dulce canción,
que escucho cuando te evoco —
que el doncel de esta cuestión
te ha dado su corazón,
y cree que te ha dado poco?...

Si en pos de la gloria fué
y sumida en el dolor
te ha dejado, es porqué
coronará con su fe
y con su gloria, tu amor.

EMILIO TRÍAS DU PRÉ

Cuartetos

Para APOLÓ.

El Sol abandona el cielo
Como un monarca vencido;
Su mirada es un anhelo
Que agoniza en un olvido.

Miro los cisnes lejanos
(Recuerda á Luis de Baviera);
En la albura de tus manos
Sonrie la primavera.

Es la tarde una elegía
Sollozando en las montañas;
Surge una noche sombría
Del seno de tus pestañas.

Tiemblan las notas del viento
En el paisaje esfumado;
Su voz tiene el triste acento
Que resbala sobre un fado...

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

Bibliografía

El joven y laborioso novelista Rafael López de Haro, que en breve tiempo logró una gran reputación en la península, plantea en su última novela el problema del amor libre. **ENTRE TODAS LAS MUJERES** es, pues, una obra de elevadas miras, bellamente escrita y ejecutada con primores de estilo y con gracia descriptiva.

Sin embargo, no sé hasta qué punto es aceptable el amor libre tal como lo presenta López de Haro en su novela. Las mujeres allí aparecen apenas diseñadas (salvo Elena, de cuya crisis neuropática ha hecho el novelista un bien meditado estudio). María, la esposa del Doctor Oliver, acepta que otra mujer comparta el cariño de su esposo, pero no tiene, como aquélla, relieves propios é inconfundibles ni demuestra siquiera un rasgo de superioridad. La superioridad es inherente á la mujer emancipada. Y, no siendo ella una mujer superior, es falso el sentimiento del amor libre que el autor le atribuye. Y más aún: no queriendo á su esposo, ella, por vanidad, rechazaría indignada la intromisión de otra hembra en el hogar conyugal.

Yo creo que López de Haro, á pesar suyo, ha relegado á María á un lugar secundario, perfilándola débilmente, cuando el epílogo de la novela, en el que ella toma parte activa exige lógicamente más atención para ella y un estudio de su psiquis que el novelador no ha hecho.

Con todo, **ENTRE TODAS LAS MUJERES** es una hermosa novela de ideas renovadoras, que merece

aplausos; el intento de su autor, ante todo, se impone por su grandeza.

LA GUARIDA es también una novela de altos pensares, de regeneración y á la vez de ideas demoledoras. Su autor, el celebrado novelista y dramaturgo José Francés, describe concienzudamente una casa de citas de Madrid, (guarida la llama él con acierto), y pinta todo el horror, el cinismo y las costumbres canallescas de quienes explotan esa clase de negocios. Hay en la obra frases de condenación para tales proxenetas que fomentan la crápula y el vicio en las ciudades cosmopolitas donde el amor se desborda como un río...

El desenlace de **LA GUARIDA** dejó en el ánimo una impresión dolorosa inenarrable. José Francés ha alcanzado con su novela lo que se propuso al escribirla: hacer odiosos á la humanidad consciente esos vehículos de prostitución que son las casas de citas. Como obra de artista y al mismo tiempo de psicólogo ella es admirable. Dos ó tres frases han bastado al novelista para pintar totalmente á sus personajes.

LA GUARIDA y otras novelas que actualmente estudio son un tremendo mentís á las palabras de cierto crítico radicado en la Argentina, que niega á la España de hoy novelistas de buena cepa y dice entre otras cosas grandes majaderías á propósito del delicado y original novelista Ricardo León.

PEREZ Y CURIS.

Tú y yo

Para APOLÓ.

I

Tú evocas, con tus grandes ojos verdes
y con esa blancura circasiana
los lagos de esperanza en que me pierdes
y el holocausto de una paz aldeana.

Yo rivalizo con el león cautivo
en la brava melena y la tristeza:
estoy siempre solemne y pensativo
con un gesto imponente de fiereza . . .

. . . Y nos amamos siempre ! Y siempre hermanos
cruzaremos la vida, con las manos
unidas, en un santo juramento.

Contemplaremos las grandezas muertas
y en las tardes brumosas y desiertas.
nos besaremos, bajo el firmamento . . .

II

Tú la ligera y deslizante ondina,
sobre la superficie de los lagos :
yo, el vate de enlutados ojos vagos
y de brava melena girondina . . .

Tú con tus gracias y tu faz divina,
cantando el despertar de los halagos :
yo en la contemplación de los entragos
con mi triste mirada mortecina.

Tú saludando al Sol, que del Oriente
exorna de oro tu nevada frente.
Yo con mi adusto gesto funeralio

huyendo entre las sombras, conmovido,
como un jaguar noctámbulo y herido
que se hubiese quedado solitario . . .

JUSTO DEZA.

De Montiel Ballesteros

Llueve en la aldea . . .

Para APOLÓ

Se arremolinan nubes allá arriba ¿quién sabe
Lo que en rara asamblea todo el consejo fragua?
El cielo de un plomizo presagiador y grave
Se resuelve en el lloro de sus lágrimas de agua.

Un chico en la cuneta, alegre brinca.— Cabe
La protección solemne de un arcaico paragua;
Una vieja discurre, con su perfil de ave
De rapiña, cuidando de no mojar la enagua . . .

Destilan los tejados que se remozan: todo
Se contagia de una tristeza color lodo;
Un gallo joven canta con su voz afinada.

La aldea soñolienta de quietud lugareña
Devanando el ovillo de sus tedios, ensueña
El claror rutilante de una tarde soleada.

Los siete besos de mi refinamiento

Para tu boca el beso más succionante y hondo
Y vampiresco, como si matarte intentara,
Luego un beso á tu terso y albo cuello redondo
Que se dijera hecho de mármol de Carrara.

Un beso á las gudejas de tu cabello blondo
Y á tus manos ducales de una belleza rara;
Y en esta sutileza que refinado ahondo
Guardaría dos besos como mordiscos, para

Las rosas encarnadas duras, de tus pezones.
— A mí tacto serían tus senos dos pichones
Que se agitaran todos en púdicos rubores.—

Princesa, por mi culto galante y sus rituales
Te ofrendo un ramillete de besos, siete flores
En honor de los siete pecados capitales!

Salto.

Sperduti nel bujo

Para APOLo.

Sono esseri spostati; esseri in balia del destino, che pare si diverta un mondo scatenando su di loro tutta la sua maléfica ira.

Il maggior numero di essi sono artisti - pittori e poeti che passano il giorno a crocchi in un riposto angolo di caffé, fabbricando progetti irrealizzabili, vivendo di rosee illusioni che svaniscono ad una ad una per lasciar posto ad altre nuove; e così via: sino a che rimane loro un filo di vita, alla cui recisione perisce pure l'ultima, la suprema illusione che serve di chiusura alle infinite precedenti...

La natura ha fornito questi esseri di un ingegno precoce, di un animo sommamente artista che si commuove ad ogni manifestazione del Bello e disprezza tutto ciò che concerne il materialismo.

Il male è che madre natura agisce troppo superficialmente: dovrebbe fare le cose con maggior calma e all'essere da lei prescelto perché canti la sua magnificenza; a quello da lei creato perché fermi sulla tela un attimo fugiente della sua magistrale bellezza, dovrebbe unire al dono dell'ingegno quello dell'affagiatezza.

Rarissimo è il caso di riscontrare le due doti unite. E allora cosa succede? Siccome l'arte, l'arte vera, l'arte pura e sentita ben poca ricompensa dà al suo creatore, questi non potrebbe trovare i mezzi di sussistenza che nel commercio. Ora: essendo l'arte prettamente spirituale e il commercio puro materialismo,

come puó un artista abbassaris a quest' ultimo?

Sarebbe un' orribile offesa al suo amor proprio, una sanguinosa ferita inferta al suo eccelso spirito...

Ed ecco perchè egli preferisce assoggettarsi a qualsiasi privazione; rifiuta il benessere che gli verrebbe facilmente elargito da un'occupazione contraria alla sua natura, ed ama la miseria, ama la fame, ama l'abito logoro che gli è compagno di sventura e testimone del suo profondo dolore... E là: in quel tugurio in cui è costretto a vegetare, maledisce in cuor suo l'ignoranza e s'abbandona al suo sogno. La sua fantasia accesa lo trasporta allora in un ambiente fantastico, meraviglioso, dove: fra un tripudio di fiori e di concerti il suo ingegno viene acclamato, il suo capo coronato dalla Gloria... Ma, il sogno ben presto si dilegua vertiginosamente e la cruda realtà torna ad affacciarsi arcigna, lasciandogli nell'animo un vuoto profondo che l'opprime, l'annienta. Quante di queste doloranti esistenze sono sparse per il mondo! Sono genii che si atrofizzano nella miseria, fra le continue lotte per la vita; genii che giungerebbero all'immortalità educando migliaia di animi al bello, che porterebbero all'umanità un dolce sorriso d'arte se questa sapesse comprenderli e venisse in loro aiuto.

* *
Poche sere fa, al crocicchio di due delle principali vie della città; un crocchio di ricchi bor-

ghesi—che ostentavano brillanti a profusione con certi interminabili e panciuti sigari fra i denti — discuteva di corse di cavalli, di *chanteuses*, di avventure amoroze. In quel mentre passò a pochi passi da loro una figura alta, scarna; dai capelli lunghi, incolti; dagli abiti vecchi, macilenti, che parevano aver servito a varie generazioni: un artista. Al vederlo gli epuloni si rivolsero uno sguardo significativo ed un sorriso ironico, beffardo, sfiorò le loro labbra...

Purtroppo è così! Ai giorni nostri la società accetta un arti-

sta e lo applaude alla sola condizione ch'esso viva di rendita; se è povero, non solo non si cura di lui ma lo vilipende, ride alle sue spalle e lo ritiene quale un allucinato, un pazzo.

Avvelena così, lentamente, quello spirto superiore, e colla sua sarcastica beffa non ottiene da lui che una smorfia di compassione e di disprezzo insieme, mentre avrebbe potuto condurlo alla Gloria.

FELICE BATTAGLINI.

Montevideo, 24 XI 1910.

Tres sonetos

I

El Derecho de Amar

De sus manos cruzadas sobre el pecho
separó con ternura la más fría
y la dió á calentar entre la mía.
Y entonces nuestro amor insatisfecho,

aquel inmenso amor, tuvo un derecho.
¡ Nada puede negarse á la agonía !
Cuando la enferma pálida moría
me dejaron llegar hasta su lecho.

¡ Oh mi amada inmortal ! Como un esposo
pude entonces velar por tu reposo
y hacer míos tu goce y tus dolores.

Y conquisté el derecho de quererte
cuando al vernos sufrir, tomó la muerte
bajo su protección nuestros amores.

II

Una mirada

La mujer que la imagen dolorida
que ahora es mi consuelo y mi tormento
al morir me dejó en su testamento,
antes fué para mí desconocida.

Una puesta de sol que nunca olvida
mi alma, la ví pasar, oí su acento
y luego hubo como un desgarramiento
en las tinieblas densas de mi vida.

Me miraba. Esperó... Fué inútilmente...
Dejaba en la penumbra su faz bella,
en la puesta de Sol, la luz velada.

La dejé proseguir. Bajé la frente.
Y eso fué todo lo que tuve de ella.
y es mi historia de amor: ¡una mirada!

III

Un Año más

Se muere poco á poco. En la agonía
el graduamiento de la muerte es cierto;
y hoy si de ti me aparto, no es falsía:
es que un año pasó ¡y estoy más muerto!

Hace ya un año floreció el desierto
y te amó todo lo que en mí vivía.
Mi amor fué el de un anciano: triste y yerto:
pero te pude amar: ¡hoy no podrá!

Al mirarme pasar, reconociste
mi rostro lacio y mi sonrisa triste
y hubo en tu acento los alegres dejos

del reclamo. Mi rostro quedó helado...
Aquella sombra que pasó á tu lado
fui yo ¿pero no viste? Iba muy lejos...

RAFAEL AREVALO MARTÍNEZ.

Las ironías de "Monsieur Perrichón"

Este hábil crítico, que en la prensa diaria nos hizo saborear su risa educada, nos hace ahora la caridad de darnos sus finas observaciones, bajo el infolio de un libro.

Y es á manera de caridad, que s: pensamos debemos aceptar el libro, como pordioseros que somos ; como hambrientos de pan para el espíritu y que mendigamos á todos, para hacer nuestra vida de prestado. Por poco sutil que sea la observación, una rápida mirada al ambiente, basta para sonreírse con el irónico ; y aunque á fuer de engreídos nos dueña la punzada del bisturí, por demás convenientidos estamos, que donde penetra el sol, penetra también la verdad.

Andariego soñador y psicólogo de las cosas, Monsieur Perrichón ha paseado la prosopopeya de su ironía sobre todas las modalidades de nuestro ambiente, desde lo primordial: la política, hasta lo nimio : el arte ; y en todas ha hecho sonar la fanfarria de los cascabeles para aturdir con su sonrisa á más de uno, y soportar—sonriende siempre—la escala del vocabulario chabacano, que desde pendiente abajo, háselle ofrendado.

El libro éste, que en los albores del estío ha puesto en los escaparates de las librerías, para que no se lea y para que no se venda, es un plato de verano bien servido, algo así como una cesta de jugosas frutas en estos días de horrible seca.

Y aunque el autor nos confiesa que en sus folios no encontraremos la virginidad literaria que nos lleva á leer un libro, en cam-

bio es él casto ; y lleno de rubor nos muestra el alma que al escribir dejara entre las letras el escritor. Sus hojas las hemos visto ya dispersadas en las columnas del diario, flores de jardín cuidado, pero sueltas, sin que nos ofrecieran el matiz del ramo ni la original fragancia del conjunto.

Aquí, donde el carácter se confunde con la oposición ; donde el patriotismo lleva al fratricidio, se comprende que las ironías de Monsieur Perrichón, exasperen, y que ese afán de reirse de nuestra seriedad, lo tomemos por petulancia. ¡Acostumbrados como estamos á reírnos de los demás, nos duele que Perrichón se ría de nosotros!...

Pero ríe él con invisible risa, sin que llegue á sus labios la grotesca mueca de la carcajada.

Ríe como un príncipe, con el gracejo de Larra y el gesto de Cervantes.

EMILIO TRIAS DU PRÉ.
1911.



ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

friné

Para APOLO.

Pensad ; oh Jueces! que una belleza tan perfecta
puede ser impia !

HIPÉRIDES.

*La cortesana egregia que alentaba en sus venas
bella sangre pagana triunfadora mil veces,
i en la copa de absinto apuraba las heces,
mostró un cuerpo nevado como flor de Micenas.*

*En el grave recinto hubo raras escenas:
la palabra de Hipérides dominaba á los Jueces;
cien miradas profanas elevaron sus preces
á la insólita hermosa, cortesana de Atenas.*

*Un olímpico gesto de la hetaira desnuda
dejó esclava las leyes — la justicia fué muda —
Entre un claro destello de suprema rareza.*

*En el Templo sagrado se encendieron las piras;
los cantores de Tespia levantaron sus liras
i elevaron sus ritos á la Eterna Belleza !*

Arquimedes CRUZ.

República Dominicana.

De "Regrets"

Un poeo de nieve

Para APOLO.

De esta vida, tan triste y tan amarga
sólo deseo
como compensación á mis dolores
y á mis tormentos,
; una sonrisa de tus labios rojos
y una mirada de tus ojos negros !

He viajado por todas las regiones,
por todos los senderos
que hay en el mundo, por hallar tu huella
y llenar mis anhelos...
Quizá no hayas nacido todavía,
i porque nunca te encuentro !

Mirando deslizarse mi existencia
hace mucho te espero...
Has de llegar, tal vez, cuando los años
me agobien con su peso ;

cuando se alejen todas mis quimeras
y todos mis ensueños ;
; cuando la juventud del alma mía
para siempre haya muerto !
Otros labios que no serán los míos
besarán tus cabellos,
y el amor, en tu espíritu, su fiebre
prenderá y sus deseos.
; Y sonreirás de dicha mientras una
voz te recita quedo
esta misma romanza apasionada
que para tí yo he hecho !
Quizás, al leer mi libro, una tristeza
embargará tu pecho,
sin comprender que son tan sólo tuyos
mis rimas y mis versos !

JULIO J. CASAL.

Caprichos...

Para APOLÓ.

I

Tendida á lo largo del amplio diván carmesí, Olga miraba con expresión vaga y abstraída hacia la puerta entornada, por donde había desaparecido Aníbal, el amante despechado y voluntarioso.

Momentos antes, por desigualdad de pareceres en la elección de una extravagante cuan deliciosa moda femenil, se había querellado la joven amante pareja y Olga, movida por un sentimiento de dama romántica, dejóle á Aníbal marcharse, sin tentar, siquiera, una frase vana ó un cariño forzado que le retuviera en el dintel...

Y en aquella silenciosa actitud de abandono permaneció largo rato la amante caprichosa, esperando, tal vez, el retorno de Aníbal. Y como tardara en volver, hundió la cabeza entre los almohadones del diván y cerró los ojos, cargados de sueño y de tristeza.

II

Aquella mañana, la joven pareja enfadada aún, terminó la colación más temprano que de costumbre. Ambos permanecían silenciosos, tristes, llena el alma de tedio. Olga, apoyado el dorso en el respaldo del sillón de cuero, observaba cómo un rayo de sol se entrentaba en tornasolar una copa de cristal. Aníbal, el cigarrillo entre los labios, seguía con la vista el desvanecimiento de las espirales de humo en el límpido ambiente de aquella hora mañanera.

De pronto, estirándose Olga en un gesto de gata que más decía de abstención sensual que de abu-

rrimiento, rozó deliberadamente, con la punta del suyo, un pie del desdichado amante. Hubo de murmurar una excusanza, más la dejó en suspenso. Y como El permaneciera inmóvil, en aquel odiooso mutismo de estatua, Ella, exasperada por el fracaso de su débil cuán graciosa tentativa, apretó el botón del timbre eléctrico. Luego, dirigiéndose á la criada que acababa de entrar en el salón, ordenó en tono que la traicionaba un tanto:

—A Felipe: el coche para las tres en punto.

Después incorporóse, perezosamente. Y pasando junto al amante inmóvil que fingía leer un periódico, miró de soslayo. Sonrió y sin detenerse:

—¿Lees la página de los avisos, Aníbal?

—Me interesa—musitó El, sin volver los ojos.

La dama, sonriente, franqueó el dintel, dejando tras sí una deliciosa onda de perfume femenino.

III

Con andar de sombra, vagaba el amante airado por los senderos del jardín, susurrante, misterioso y bañado por la argentina claridad de la luna. En el misterio de aquellas altas horas de la noche, todo era suave, apacible, en aquel pensil saturado de aromas.

Y la sombra andaba, andaba por los angostos y ondulantes senderos, festoneados por los rosales en flor y los níveos jazmínes, níveos y olorosos como pecho de mujer...

Por un instante, detúvose el amante porfiado y voluntarioso junto á un rosal y con mano cruel tronchó por el tallo una rosa que se le ofrendaba, tierna y gentil. Y llevándose la flor á los labios ardorosos, talvez, por la nostalgia de los besos que duran un sueño, continuó su vagabundaje. A mucho andar, sentóse en un banco envuelto casi en la amorosa sombra que proyectaba un limonero cuajado de azahares.— Frente al banco, Aníbal distinguía el interior de su flamante aposento de marido solitario. Porque la ventana estaba abierta y adentro parpadeaba una llama: la luz de la llorosa bujía ondulando á ras de la plantada arandela y que El, —resuelto á descender al jardín, por no haber logrado conciliar el sueño,—se había olvidado de apagar.

Y bajo la sombra amiga del limonero, permaneció largo rato él muy descortés, elaborando en su cerebro un mundo de pensares y de concesiones. Luego, en un impulso vago, incorporóse y contrayendo la mano:

—Esto no puede continuar así —murmuró.

Y perdióse por entre los floridos senderos, sin advertir que aquel gesto de enojo había torturado á la gentil flor, cuyos pétalos quedaron exparcidos por el banco.

IV

Una mano oculta descorrió, lentamente, el elegante cortinado del aposento de la amada. Luego, en el dintel de la puerta, apareció la silueta de Aníbal y, merced á la complicidad de un rayo de sol que colábase por la ventana abierta, logró ver el interior del perfumado gabinete nupcial.

En la amplitud del albo lecho, rizado de encajes, destacábase, triunfante, el cuerpo de Olga. Dormía... Y en aquella tentadora actitud de suave abandono, asemejábase á una de esas ardientes y ansiosas doncellas entregada al sueño tras larga noche de quemante deseo. Los cabellos, undosos, perfumados y brillantes, caían en desalíño, sobre los amplios y redondos hombros y del nido del pecho, velado por un corpiño guarnecido de encajes, pugnaban por saltar dos pequeñas, graciosas palomas...

Arriesgando pasos cortos é inciertos, el amante aproximóse y, ya junto al borde de la cama, se inclinó. Hubo de imprimir un beso en la rosa de aquella boca entreabierta y sensual que dejaba al descubierto los dientes, diminutos, iguales y brillantes; mas lo dejó moribundo en sus trémulos labios. Y en éxtasis, siguió contemplando por largo rato las arreboladas mejillas de su *nena*; el ondulante pecho, sin misterios para él; la fina y blanca mano, sabedora de sutiles y silenciosas caricias y en la que un rubí, lastimado por aquel hilo de luz que se iba extendiendo más y más por los contornos del aposento, ponía un vago reflejo de tramonto.

Y no pudo ya Aníbal contener su deseo y sus labios,—en donde vagaba, aún, como rezó de vieja que se queda dormida, el ósculo malogrado,—se unieron á los de su amada...

Hubo un extraño temblor en el misterio de las albas telas...

Aníbal, sin desunir los labios, pronunció con ardiente y ansioso susurro:

—Nena!...

—Eres tú, Aníbal!...

—Me perdonas!...

— ¡Qué pregunta!...

Y como Aníbal la estrechara, la invadiera, la sofocase en ardientes y prolongados besos, Olga, entornando, con desmayo, las pestanas, murmuraba:

— Finalmente, Aníbal mío! ¡Finalmente!... No podía más... No podía más...

V

Reverenciaron al matinal rayo de sol que se esparcía en prodigas huellas de luz por la estancia, con el estupendo estremecimiento de la carne.

SILVIO SAFFI.

Montevideo.



De la inmensa pasión que nos consume
Hoy llegan nuestras almas al pináculo;
Así dicen las cartas del oráculo
Que traen de tus manos el perfume.

Ellas dicen también: que se presume
Que no habrá que salvar ningún obstáculo
Para llegar á abrir el tabernáculo
Donde en tí, mi existencia se resume.

Oh! quijotesco juego abracadabro,
Entusiasmado ya, la puerta os abro
De mi triste bohemia de poeta;

Porqué allí tus pronósticos realices,
Y con pálido lirio aromáticas
La seráfica estampa de Julieta.

JUAN CARLOS CARÁMBULA.

GLORIA VICTIS . . .

En las noches largas, frías;
y en los días lentos, grises;
en mañanas espléndentes,
ó en las tardes tan serenas,
á toda hora,
yo he sentido la amargura inde-
[finible],
la amargura de los parias,
de los débiles,
de los hombres..., los que tienen
mustio el cuerpo, mustia al alma;
y he sentido una ansia inmensa,
y he llorado tanto, tanto,
porque fuérانles mis lágrimas
la onda dulce del Leteo,
porque fuérales mi llanto
la onda dulce
donde se hundieran sus almas
¡ay! buscando lo que diéralas
aunque fuera
el olvido del momento,
el olvido transitorio
de sus penas inmortales . . . !

II

En las noches del insomnio;
en los días sofocantes;

en mañanas que son hielos,
ó en las tardes nebulosas,
anhelante y siempre, siempre,
interrogo yo el arcano:
¿por qué sufren?
por qué lloran?
si otros gozan y otros ríen
por qué van, cosito el cuerpo?
— joh! los cuerpos pusilánimes!—
y en la mente ni una idea . . .
si hay abrigo para tantos
cuerpos téretes,
y si hay pan para el cerebro?...

.
Y en las noches del insomnio
veo cuerpos que son larvas,
que en los días sofocantes
se transforman en suicidas . . . ;
y en las tardes nebulosas
veo álmas que se esfuman
en sus Nada . . . ;
. . . las mañanas son idénticas
á las noches, á los días y á las
tardes . . .
que es del hielo el don supremo
de aplanar las superficies . . .

SILVA SERRANO.

de Marco que avalora el mérito del libro.

Entre todas las mujeres (novela), POR RAFAEL LÓPEZ DE HARO.

El género erótico realista llega en este libro á su más afortunada expresión y modelo. Con absoluto dominio del idioma, López de Haro lo dice todo. El problema de la fidelidad conyugal, de la inmoralidad del matrimonio y de la monogamia, se plantean de un modo interesantísimo y feliz. Añádase á esto que el autor ha compuesto atrevidamente su complicada y sugestiva narración retratando á personas conocidas de todo Madrid.

Esta novela agotará muchas ediciones. ENTRE TODAS LAS MUJERES es un acierto de la Biblioteca Renacimiento. La portada de Marco, intencionadísima, la presenta muy bien.

La mujer desconocida (novela), POR ALBERTO INSÚA.

Es el título de la nueva novela de Alberto Insúa que la casa Renacimiento acaba de publicar. Por su estilo transparente, su diálogo fácil y su perfecta ejecución, esta novela será un nuevo éxito de quien, como Alberto Insúa, ha llegado á la total conquista del público. LA MUJER DESCONOCIDA, como LA MUJER FÁCIL Y LAS NEURÓTICAS, es una novela amatoria pero con tal novedad en el asunto y en el ambiente que los lectores numerosísimos del ilustre novelista no dejarán de experimentar una grata sorpresa. La pasión romántica de Ricardo Luz por Susana, la parisense encantadora, y los cuadros de París que sirven de fondo á la novela, son dos grandes aciertos en la pluma del celebrado autor. Una ráfaga de graciosas elegancia y de voluptuosa melancolía, parece estremecer á esta narración apasionada, llena de vehemencias sensuales y de lenguideces poéticas. Y en LA MUJER DESCONOCIDA, como en todas sus novelas, sigue realizando Insúa el milagro de ser elegante, siendo naturalista, y de ser ameno en todas las páginas, en todos los párrafos, en todas las líneas. LA MUJER DESCONOCIDA cautivará á los lectores. Renacimiento ha hecho una bellísima edición.

Cómo cae un trono—La Revolución de Portugal, POR AUGUSTO VIVERO Y ANTONIO DE LA VILLA.

Esta obra interesantísima brinda al lector las emociones intensas de la más atractiva novela de aventura y el regalo de un exquisito estilo, que avalora el relato de la acción revolucionaria, casi desconocida en España, no obstante lo mucho escrito sobre ella.

Hay en este libro, llamado á producir honda sensación, narraciones de episodios curiosísimos, completamente inéditos, y que se hermanan, no ya con los últimos trabajos de conspiración—referidos con múltiples in-

teresantes pormenores,—sino con la revolución preparada durante el mando de João Franco y el regicidio del Terreiro do Paço. Esta parte de la obra, bien así como en la que se revela la constitución y funciones de las sociedades secretas, constitutivas de la Carbonería, portuguesa, llamarán poderosísimamente la atención de los lectores.

Puede decirse lo propio de la curiosa serie de capítulos que abraza el título POR QUÉ SE HIZO NECESARIA LA REVOLUCIÓN, y donde se pasa revisita, juntamente con los escándalos de la Corte de Portugal, á la degeneración de sus monarcas, fruto de terrible herencia neuropática.

También pueden brindarse como modelos de amenidad e interés palpitante, varios capítulos repletos de pormenores sensacionales. Tales son: LA MUERTE DE CÁNDIDO DOS REIS, LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA REALEZA, LO QUE HIZO EL GOBIERNO DURANTE LA REVOLUCIÓN, EL MISTERIO DE LOS CONVENTOS. Esta parte del libro, titulada LOS VENCIDOS, deja imborrable recuerdo en el lector.

Es ésta, como decimos, una obra única, emocionante y veraz, que guardando absoluto respeto á la verdad de los hechos, cautiva la mente con la exposición de episodios de poderoso sabor novelesco, tales como han sido en la realidad. Quien quiera conocer la revolución portuguesa en todos sus pormenores de conjura y hecho, no tendrá más remedio que leer CÓMO CAE UN TRONO.

Lleva, además, la obra varios trabajos con impresiones interesantísimas de Rodrigo Soriano, B. Pérez Galdós y de las primeras figuras del nuevo régimen en Portugal, ó sea de Teófilo Braga, Franco Borges, Guerra Junqueiro, João Chagas y Bernardino Machado.

La rima eterna (comedia en dos actos), POR SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

Se ha impreso y puesto á la venta en edición especial esta hermosa comedia, aplaudida con tan unánime entusiasmo por el público, y destinada por sus autores, como es sabido, á subvenir á los gastos que origine el monumento á Bécquer que ha de levantarse en Sevilla.

El producto de esta edición, verdaderamente primorosa, también se destina á tan noble objeto; y es seguro que no habrá amante de las letras ni admirador del poeta de las rimas, ni persona de gusto, que deje de adquirir un ejemplar de la comedia, contribuyendo así, de manera tan delicada, á la generosa iniciativa de los hermanos Quinteros.

La lectura de la obra es de un encanto indecible; pues permite saborear, complaciéndose en ellos, aquellos pasajes que por su honda significación poética y por la íntima y sugestiva emoción que en ellos palpitáson más propios para gustados en

la soledad del gabinete en plena libertad de la fantasía, que con la sujeción que siempre impone el público en el teatro.

Es obra que une al vivo interés de

una narración novelesca el hechizo singular de la poesía, latente en todas sus páginas.

(Boletín Bibliográfico).

Bibliográficas

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Varios

El Enigma de la Selva (**poema**), POR ALFREDO GÓMEZ JAIME — Bogotá (*Colombia*); **Las Adelfas** (**novela**), POR MANUEL VALCÁRCEL y JULIÁN MARTÍN SALAZAR — Librería de Pueyo — Madrid; **Intervalos** (**cuentos**), POR FEDERICO MERTENS — Barcelona; **Primicia** (**versos**), POR LUIS F. PINEDA — Sincelejo (*Colombia*).

De la Biblioteca Renacimiento, — V. Prieto y C.ª, editores. — Madrid

A. M. D. G. — **La vida en los colegios de jesuitas** (**novela**), POR RAMÓN PÉREZ DE AYALA; **El amor de los amores** (**novela**), POR RICARDO LEÓN; **La Farándula** (**novela**), POR JOAQUÍN BELDA; **Entre todas las mujeres** (**novela**), POR RAFAEL LÓPEZ DE HARO; **La mujer desconocida** (**novela**), POR ALBERTO INSÚA.

Canje

Sur América. — Bogotá — Acusamos recibo de la revista SUR AMÉRICA, que en Bogotá publica el ilustre republicano doctor Adolfo León Gómez. SUR AMÉRICA es de las pocas publicaciones que en nuestra América se mantienen fieles á los principios republicanos y al ideal de la verdad. Por eso nos ha causado satisfacción ver reproducido en uno de sus últimos números el breve artículo que sobre el HOMBRE LIBRE publicó nuestro director en el número 43 de **Apolo**. Ese rasgo de sinceridad del escritor colombiano, nos demuestra que hay todavía conciencias libres rebeldes al halago miserable del mendrugo.

El Paladín. — Santiago de Chile — A nuestra mesa de redacción ha llegado el número 1 de tan interesante revista científico-literaria, que dirige el brioso escritor Abel de la Cuadra Silva. EL PALADÍN es la continuación del ESPÍRITU LIBRE y LA VERDAD que publicábanse en Santiago de Chile.

Agradecemos al Director de EL PALADÍN la reproducción que ha hecho de la poesía *Ego* de Pérez y Curis, publicada en nuestro número de Diciembre.

CARLOS REYLES "LA MUERTE DEL GISNE"
\$ 0.75 Librería "MERCURIO", Sarandí 240 + + +